



UNA
VENGANZA
MORTAL

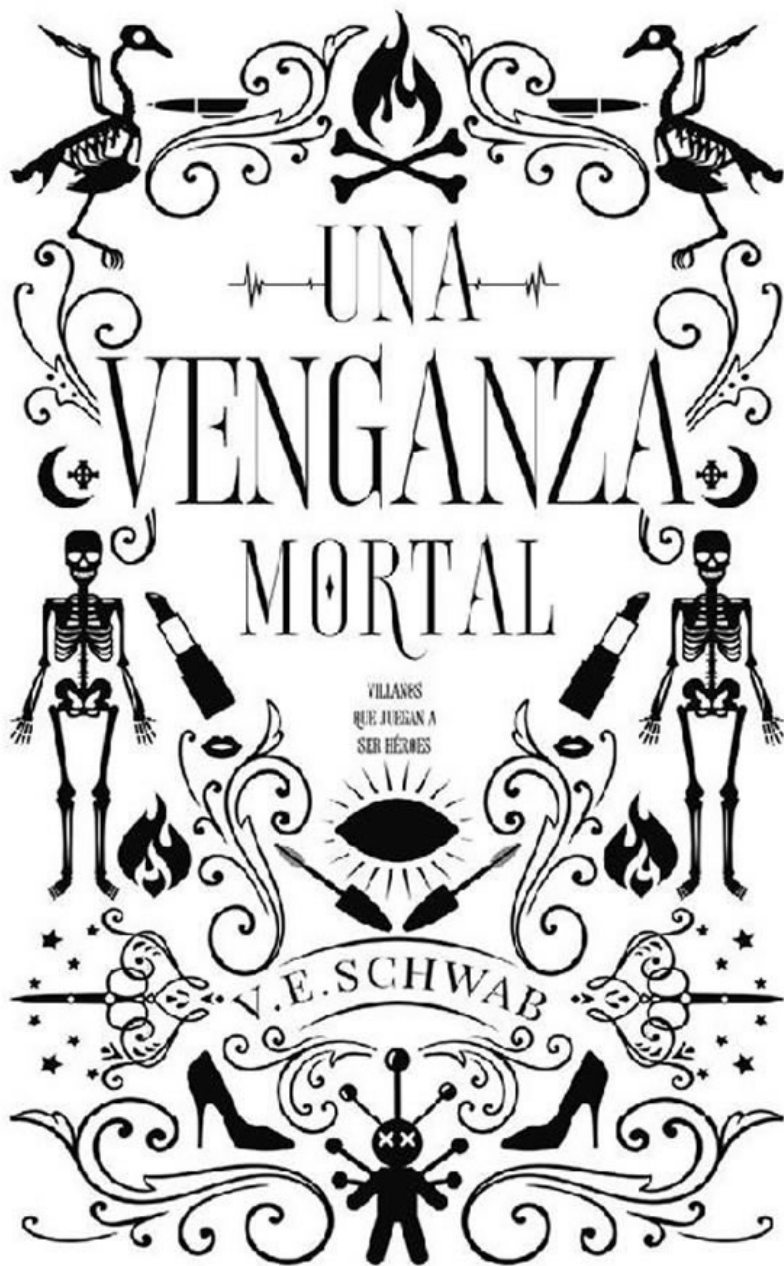
VILLANOS
QUE JUEGAN A
SER HÉROES

V. E. SCHWAB

Aliados. Enemigos. Villanos. Ellos son ExtraOrdinarios.

Eli Ever y Victor Vale eran simples estudiantes de medicina cuando descubrieron que las experiencias cercanas a la muerte pueden, si se dan ciertas condiciones, manifestar capacidades extraordinarias. Fueron muy amigos, luego rivales y, por fin, enemigos. Estuvieron muertos, revivieron, y más tarde... Eli mató a Victor de una vez por todas. Al menos, eso creía. Pero Sydney Clarke no estuvo de acuerdo y usó su propio superpoder para inclinar la balanza.

Ahora, un trío se esconde en las sombras, mientras otro aprovecha la vida después de la muerte para apoderarse de la ciudad de Merit. Si puede haber vida después de la muerte. ¿Habrá calma después de la venganza, o prevalecerá el caos?



*Para mamá, Holly y Miriam,
las mujeres más poderosas que conozco.*

Cuando busques venganza, cava dos tumbas: una para ti.

Douglas Horton

GÉNESIS

HACE SEIS SEMANAS EN LAS AFUERAS DE MERIT

La noche en que Marcella murió, preparó la cena preferida de su marido.

No porque se tratara de una ocasión especial, sino porque *no lo era*: el secreto del amor, según la gente, es la espontaneidad. Marcella no estaba segura de creer en todo eso, pero estaba dispuesta a hacer el intento de prepararle una comida casera. Nada demasiado elaborado: un buen bistec con los bordes sellados con pimienta negra, patatas asadas a fuego lento y una botella de merlot.

Pero se hicieron las seis e incluso más tarde, y Marcus no llegaba a casa.

Marcella puso la comida en el horno para que no se enfriara, y luego comprobó su pintalabios en el espejo del vestíbulo. Se soltó el largo pelo negro, que había peinado en un moño flojo, volvió a recogerse y dejó algunos mechones sueltos; después se alisó el vestido acampanado. La gente decía que Marcella era naturalmente bella, pero lo cierto es que la naturaleza no lo era todo. Marcella se pasaba dos horas en el gimnasio seis veces a la semana, para reducir, tonificar y estirar cada músculo magro de su cuerpo esbelto de un metro setenta y ocho, y jamás salía del dormitorio sin haberse maquillado como una experta. No era fácil, pero tampoco lo era estar casada con Marcus Andover Riggins, más conocido como Tiburón Marc, la mano derecha de Tony Hutch.

No era fácil..., pero valía la pena.

Su madre solía decir que Marcella había ido de pesca y había conseguido atrapar un tiburón blanco. Pero lo que su madre no entendía era que Marcella había encarnado el an-

zuelo con el premio en mente. Y había pescado *exactamente* lo que había querido.

Sus tacones de color rojo cereza repiquetearon sobre el suelo de madera y se apagaron al llegar a la alfombra de seda, mientras ella terminaba de poner la mesa y encendía las veinticuatro velas largas en los dos candelabros de hierro que había a los lados de la puerta.

Marcus los detestaba, pero por una vez a Marcella no le importó. A ella le encantaban esos candelabros, con sus pies largos y sus brazos abiertos; parecían algo que se podría encontrar en un castillo francés. Le daban a la casa un ambiente de lujo, y un toque de antigüedad a la riqueza reciente.

Miró la hora —ya eran las siete—, pero contuvo el impulso de llamar. La manera más rápida de apagar una llama era asfixiarla. Además, si Marcus tenía trabajo, el trabajo siempre era lo primero.

Marcella se sirvió una copa de vino y se recostó contra la encimera, e imaginó las manos fuertes de su marido apretándole la garganta a alguien, empujando una cabeza debajo del agua, rompiendo una mandíbula. Una vez había vuelto a casa con sangre en las manos, y habían tenido sexo allí mismo, sobre la isla de mármol, sintiendo que se le clavaba en las costillas el cañón metálico de la pistola de Marcus, aún en su funda.

La gente creía que Marcella quería a su marido a pesar de su trabajo. Lo cierto era que lo amaba justamente por eso.

Pero cuando las siete se hicieron las ocho, y las ocho casi llegaban a las nueve, su excitación fue transformándose en fastidio, y cuando al fin se abrió la puerta principal, ese fastidio se endureció hasta convertirse en ira.

—Lo siento, cariño.

A Marcus, la bebida siempre le cambiaba la voz: hablaba más lentamente, arrastrando las palabras. Era lo único que lo delataba. Nunca tropezaba ni se bamboleaba, jamás

le temblaban las manos. No, Marcus Riggins estaba hecho de una madera más fuerte..., pero no carecía de defectos.

—Está bien —respondió Marcella, y odió el tono ligeramente cortante de su propia voz.

Se volvió hacia la cocina, pero Marcus la sujetó por la muñeca y la atrajo hacia él con tanta fuerza que la hizo perder el equilibrio. Sus brazos la envolvieron, y ella lo miró a los ojos.

Seguro, la cintura de su marido se había ensanchado un poco, mientras que la de ella se había reducido; aquel bello cuerpo de nadador se hinchaba un poquito más con cada año que pasaba, pero no había perdido nada de aquel pelo claro, y sus ojos aún eran del azul duro de la pizarra o del agua oscura. Marcus siempre había sido atractivo, aunque ella no estaba segura de cuánto se debía a sus trajes finos y al modo en que se movía por el mundo, como quien espera que todo se aparte a su paso. Lo cual, por lo general, ocurría.

—Estás preciosa —susurró Marcus, y Marcella sintió la presión, el deseo de él contra su cadera. Pero ella no estaba de humor.

Levantó una mano y acarició con las uñas la mejilla con barba incipiente.

—¿Tienes hambre, cariño?

—Siempre —gruñó él contra su cuello.

—Bien —dijo Marcella, al tiempo que se apartaba y se alisaba la falda—. La cena está lista.

Una gota de vino tinto se deslizó como sudor por el lado de la copa levantada y fue a parar sobre el mantel blanco. Marcella la había llenado demasiado; el malhumor le entorpecía las manos. Marcus no pareció reparar en la mancha. No parecía reparar en nada.

—Por mi preciosa mujer.

Marcus nunca rezaba antes de las comidas, pero siempre hacía un brindis, desde la noche en que se habían co-

nocido. No importaba si estaban solos o en compañía de veinte personas. En aquella primera cita, a Marcella le había parecido un gesto entrañable, pero ahora le resultaba hueco, como algo ensayado. Algo cuyo fin era cautivar en lugar de ser verdaderamente cautivante. Pero él nunca dejaba de decir las palabras, y quizás eso fuera una especie de amor. O tal vez, simplemente, Marcus era un animal de costumbres.

Marcella alzó su copa.

—Por mi elegante marido —fue la respuesta automática.

El borde de la copa estaba a mitad de camino hacia sus labios cuando Marcella observó la mancha en el puño de la camisa de Marcus. Al principio pensó que sería sangre, pero era demasiado brillante, demasiado rosada.

Era pintalabios.

Todas las conversaciones que había tenido con las otras mujeres acudieron a su mente en ese instante.

¿Ya ha empezado a mirar a otras?

¿Está mojando la pluma en otros tinteros?

Todos los hombres son unos cerdos.

Marcus estaba ocupado cortando su bistec y hablando de seguros, pero Marcella había dejado de escucharlo. En su mente, su marido pasaba el pulgar por un par de labios manchados, separándolos con el nudillo.

Los dedos de Marcella apretaron la copa. El calor le encendía la piel, y sentía un peso frío en el estómago.

—Qué maldito cliché —dijo.

Él no dejó de masticar.

—¿Disculpa?

—Tu manga.

Marcus desvió la mirada lánguidamente hacia la mancha rosada. Ni siquiera tuvo la decencia de aparentar sorpresa.

—Debe ser tuyo —dijo, como si ella hubiera usado ese tono alguna vez, como si hubiera tenido algo de tan mal gusto y...

—¿Quién es?

—Vamos, Marce...

—¿Quién es? —insistió ella, apretando sus dientes perfectos.

Marcus por fin dejó de comer, se recostó en la silla y posó sus ojos azules en ella.

—Nadie.

—Ah, ¿así que estás acostándote con un fantasma?

Marcus puso cara de irritación, visiblemente cansado del tema, lo cual era irónico, ya que generalmente le gustaba cualquier tema que tuviera que ver con él.

—Marcella, la envidia no te sienta bien.

—Doce años, Marcus. Doce. ¿Y *ahora* no puedes mantener la bragueta cerrada?

Hubo un asomo de sorpresa en la cara de Marcus, y la verdad impactó a Marcella como una bofetada: por supuesto, no era la primera vez que la engañaba. Solo era la primera vez que ella lo *descubría*.

—¿Cuánto hace? —le preguntó, con voz helada.

—Déjalo estar, Marce.

Déjalo estar... Como si su infidelidad fuera igual que la copa de vino que ella tenía en la mano, algo que podía dejar con la misma facilidad con que la había levantado.

No era la traición en sí —ella podía perdonar muchas cosas, en aras de la vida que había conseguido—, sino la expresión en los ojos de las otras mujeres que Marcella siempre había interpretado como envidia, las estoicas advertencias de las primeras esposas, la crispación en el costado de una sonrisa, la comprensión de que todas lo sabían, lo *sabían* desde hacía quién sabe cuánto tiempo, y ella... no.

Déjalo estar.

Marcella dejó la copa sobre la mesa. Y recogió el cuchillo de la carne. Y cuando lo hizo, su marido tuvo el descaro de burlarse. Como si ella no supiera qué hacer con él. Como si no hubiera escuchado todos sus relatos, pidiéndole

todos los detalles. Como si él no hablara y hablara de su trabajo cuando estaba borracho. Como si ella no hubiera practicado con una almohada. Con una bolsa de harina. Con un bistec.

Marcus alzó una sola ceja.

—Y ahora ¿qué piensas hacer? —le preguntó, en un tono que dejaba al descubierto que la subestimaba.

Qué tonta debía parecerle, con sus uñas perfectamente arregladas aferrando la empuñadura con monograma del cuchillo.

—Muñeca —murmuró Marcus, y la palabra la irritó más.

Muñeca. Nena. Cariño. ¿Así la veía, después de tanto tiempo? ¿Indefensa, frágil, débil, un *adorno*, una estatuilla de cristal cuyo objeto era brillar y resultar bonita en un estante?

Al ver que ella no cedía, la mirada de Marcus se ensombreció.

—No me apuntes con ese cuchillo a menos que pienses usarlo...

Tal vez ella sí era de cristal.

Pero el cristal es frágil solo hasta que se rompe.

Entonces, es afilado.

—*Marcella...*

Se lanzó hacia él, y tuvo el gusto de ver cómo los ojos de su marido se dilataban un poco por la sorpresa y se le volcaba el *bourbon* al echarse hacia atrás. Pero el cuchillo de Marcella apenas había alcanzado a rozarle la corbata de seda cuando la mano de Marcus se estrelló contra su boca. Ella sintió sangre en la lengua, y los ojos se le empañaron con lágrimas mientras trastabillaba y caía hacia atrás contra la mesa de roble, haciendo temblar los platos de porcelana.

Aún tenía el cuchillo en la mano, pero Marcus le aferró la muñeca y la sujetó contra la mesa con tanta fuerza que los huesos empezaron a rozarse entre sí.

No era la primera vez que la trataba con rudeza, pero antes siempre lo había hecho en el calor del momento, siguiendo algún pacto tácito, y siempre había sido ella quien lo había incitado.

Esto era diferente.

Marcus era noventa kilos de fuerza bruta, un hombre que se había ganado la vida rompiendo cosas. Y personas. Chasqueó la lengua, como si ella estuviera comportándose de forma ridícula. Exagerando las cosas. Como si ella lo hubiese llevado a hacer eso. A acostarse con otra mujer. A destrozar todo lo que a ella le había costado tanto construir.

—Ah, Marce, siempre has sabido hacerme perder los estribos.

—*Suéltame* —dijo, furiosa.

Marcus acercó su cara a la de ella, le acarició el pelo y le apoyó la mano en la mejilla.

—Solo si te portas bien.

Estaba sonriendo. *Sonriendo*. Como si todo fuera un juego más.

Marcella le escupió sangre a la cara.

Su marido lanzó un suspiro de resignación. Y después le aplastó la cabeza contra la mesa.

De pronto, el mundo de Marcella se puso blanco. No recordaba haber caído, pero cuando empezó a recuperar la vista se encontró en la alfombra de seda junto a su silla, con un fuerte dolor en la cabeza. Intentó levantarse, pero todo le daba vueltas. Sintió subir la bilis por la garganta, y se giró para vomitar.

—Deberías haberlo dejado así —le dijo Marcus.

La sangre le entró en uno de los ojos y tiñó el comedor de rojo mientras su marido extendía una mano y sujetaba el candelabro más cercano.

—Siempre odié estas cosas —continuó, e inclinó el pie del candelabro hasta que se desplomó.

Al caer, antes de que el candelabro tocara el suelo, las llamas se propagaron por las cortinas de seda.

Marcella hizo un esfuerzo y consiguió ponerse de rodillas. Se sentía como si estuviera bajo el agua. Lenta, demasiado lenta.

Marcus estaba en la puerta, observando. Solo observando.

En el suelo de madera resplandecía un cuchillo de carne. Marcella se obligó a levantarse en mitad del aire pesado. Casi lo había conseguido cuando el golpe la sorprendió desde atrás. Marcus había derribado el segundo candelabro. Cayó con estrépito, y sus brazos de hierro la sujetaron contra el suelo.

Era desconcertante la rapidez con que se había propagado el fuego. Desde la cortina había saltado a un charco de *bourbon* derramado, al mantel y a la alfombra. Ya estaba por doquier.

La voz de Marcus, entre la bruma.

—Lo hemos pasado bien, Marce.

Imbécil de mierda. Como si *algo* de todo eso hubiera sido idea suya, obra suya.

—No eres nada sin mí —replicó Marcella, con voz temblorosa—. Yo te construí, Marcus. —Intentó empujar el candelabro. No se movió—. Y voy a destruirte.

—La gente dice muchas cosas antes de morir, mi amor. Ya las he oído todas.

La habitación se llenó de calor, igual que los pulmones y la cabeza de Marcella. Tosió, pero no conseguía tomar aire.

—Voy a *destrozarte*.

No hubo respuesta.

—¿Me oyes, Marcus?

Nada, solo silencio.

—¡Voy a *destrozarte*!

Gritó las palabras hasta que le ardió la garganta, hasta que el humo le quitó la visión y la voz, e incluso entonces siguieron resonando en su mente; sus últimas palabras la si-

guieron mientras ella se iba hundiendo más y más en la oscuridad.

Voy a destrozarte.

Voy a destrozarte.

Voy a...

Voy...



Hacía casi una hora que el oficial Perry Carson no conseguía superar el nivel veintisiete de *Radical Raid* cuando oyó arrancar un motor. Levantó la vista y alcanzó a ver el elegante sedán negro de Marcus Riggins salir del semicírculo de pizarra que formaba el camino de entrada a la mansión. Se alejó a toda velocidad, cerca de cincuenta kilómetros por encima del límite obligatorio de velocidad para zonas suburbanas, pero Perry no estaba en una patrulla de policía, y aunque lo hubiera estado, no había pasado las últimas tres semanas comprando comida grasienta en aquella pocilga de restaurante solo para atrapar a Riggins por una infracción menor.

No, el Departamento de Policía de Merit necesitaba algo más contundente, y no solo para atrapar a Tiburón Marc. Necesitaban a todo el maldito mar.

Perry se recostó contra el respaldo de cuero gastado y volvió a su juego, y justo cuando conseguía superar el nivel veintisiete, olió el humo.

Seguramente algún idiota había encendido una fogata junto a su piscina sin autorización. Miró por la ventana entornando los ojos. Era tarde, las diez y media; a esa distancia de Merit, el cielo parecía negro como la tinta, y el humo no se destacaba contra el fondo oscuro.

Pero el fuego, sí.

El oficial bajó del automóvil y cruzó la calle antes de que las llamas llegaran a iluminar las ventanas de la fachada de la mansión Riggins. Al llegar a la puerta principal, ya habían